

DE PASIONES AMARGAS Y VIDAS ROTAS. SOBRE EL “OTRO” MACHADO

Rafael ALARCÓN SIERRA, *El mal poema de Manuel Machado. Una lírica moderna y dialógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, Colección Estudios Críticos de Literatura, 2008, 311 pp.

Si Manuel tenía un hermano, como fingió preguntar alguna vez con maliciosa ironía Jorge Luis Borges, convengamos que ese hermano, Antonio, concentró para la crítica un merecido e inobjetable interés, arraigado tanto en su poesía y su prosa como en su figura ejemplar de intelectual republicano, que opacó durante años –habida cuenta de las discrepancias políticas entre ambos– el magisterio manuelmachadiano. Estereotipado por lectores despistados que sólo leyeron en él *manolismo* y exaltación nacionalista, Manuel viene asombrando, ya hace unas décadas y desde diversos estudios críticos, con las aportaciones radicales de su libro *El mal poema* (1924), que acrecentó caudalosamente, con su *modernidad*, el entronque de la poesía española con el resto de Europa y con Hispanoamérica. El reciente ensayo de Rafael Alarcón Sierra, *El mal poema de Manuel Machado. Una lírica moderna y dialógica* (Madrid: Biblioteca Nueva, Colección Estudios Críticos de Literatura, 2008, 311 pp.) resulta, en este sentido, no sólo un acto más de justicia académica respecto de ciertos cánones colmados de prejuicios sino un ejemplo de rigor y exhaustividad poco frecuentados por la pluma crítica.

Dividido en siete capítulos clausurados por sintéticas conclusiones, una documentada bibliografía y un índice onomástico, buen orientador de la lectura, este nuevo aporte de Rafael Alarcón Sierra (profesor de Literatura Española de la Universidad de Jaén y uno de los más reconocidos especialistas en el tema) pone en escena una mirada ensayística poliédrica y enriquecedora que, traspasada por una notable erudición, aborda la poética de Manuel desde diversos puntos de apoyo. El resultado une en simultaneidad la ajustada indagación teórica (el *dialogismo* bajtiniano) a una quirúrgica exploración textual, pasando por cuestiones centrales (y a menudo

olvidadas por la crítica) como la inserción histórica del texto dentro del campo intelectual de su época, las condiciones de producción, edición y recepción que contribuyeron a definir su *status*, su desempeño renovador en una genealogía histórica de *larga duración* como lo es el de la *poesía de la experiencia* (que no es sólo, lo sabía ya Langbaum, la cultivada por los españoles a partir de los ochenta, ni tampoco remite, como podría pensarse, a los cotos autosuficientes de un subjetivismo idealista).

Cada uno de los capítulos instala al tiempo que resuelve las distintas problemáticas suscitadas por esta poesía profundamente experiencial, y por lo mismo «urbana, irónica, prosaica, dialógica», que supera el modernismo convencionalizado y abre el camino de muchos «poetas futuros», cuyos programas estéticos, impensadamente, hicieron coincidir en diálogo fraternal a los hermanos Machado.

Llama la atención, entre otras muchas virtudes, el bagaje erudito y la observación de las transacciones pragmáticas aportados en torno a los “preliminares” a la edición definitiva del libro (Capítulo 1), alusivos a las circulaciones parciales de textos en revistas periódicas y a las secuenciaciones, agrupamientos y redistribuciones operadas dentro de un proyecto creador en formación, que alcanza en la *princeps* de 1924 su perfil mejor cincelado.

En este contexto, el análisis del título «antitético e irónico» (p. 31) del poemario merece para Alarcón Sierra una sección específica (Capítulo 2), a partir de la cual el autor ya pone en juego el concepto de “dialogía” bajtiniana, examinando la inclusión del lector (el lector burgués, el lector crítico), sus respectivos *horizontes de expectativas* y la exhibición de un *malditismo* desde un gesto que, como en el *Arte Nuevo* de Lope, aún, con fina ironía, la justificación con la (auto)afirmación y legitimación de una poética *diversa*. Poética diversa y necesaria, cuyos perfiles irreverentes vuelven a aparecer en la carta de 1913 dirigida por Manuel a Juan Ramón Jiménez y aquí reproducida en el Capítulo 5, desde la cual nos asomamos a las tensiones entre actores de un mismo campo intelectual, a una ambigua “rendición de cuentas” al maestro *bucólico* de Moguer e, interés central del sevillano, a la defensa de una poesía afincada en la vida, y por lo mismo distante de aquella «flor sin tallo y sin raíz» que Juan Ramón hará nacer en sus *Eternidades*, de 1917. Frente al poeta autoglorificado en la belleza de su «dios deseante y deseado», Manuel insiste en el hombre —el artista sin patria, canalla y desencantado— que, en palabras de Alarcón Sierra, consigue en sus *malos poemas* «la objetivación del contenido biográfico [...], esa *vida rota* —vida bohemia— que el poeta ha vivido y traspasado a su creación, a costa de violar las buenas formas» (p. 48) para volverse, como quería Gil de Biedma, el paradigma de «unos cuantos» (“Prefacio” a *Compañeros de viaje*, 1959).

En concurrencia con lo dicho, Alarcón Sierra subraya, a través de distintos capítulos (especialmente el 3 y el 4) las cualidades de un proyecto de escritura basado en la hibridación, las trampas carnales, la heterogeneidad de “cambalache”, en suma, la voz plural, una *evaluación social* interpretada ideológicamente y de manera definitiva por la noción de polifonía bajtiniana (y que, insisto, supone inquietantes nexos con la defensa del «monstruo cómico» esgrimida por Lope, para seguir con una analogía, según creo, apropiada). Reestablece por lo mismo Alarcón la trasposición bajtiniana a la poesía dialógica de géneros o modos enunciativos de larga data (el diálogo socrático, la sátira menipea, el soliloquio), que junto con el *efecto de realidad* auspiciado por la representación del “arrabal” (una feliz recuperación de Cansinos-Assens) como “intuitivo” y nuevo “cronotopo” del margen deliberadamente buscado, garantizan la inclusión de esta poesía en el dominio de lo “cómico-serio” y exigen, por lo tanto, una nueva disposición lectora.

La adscripción de la poética manuelmachadiana a una bien timbrada genealogía de precursores (Horacio, los goliardos, el Arcipreste de Hita, Villon, Heine, Byron, Espronceda, Verlaine, Laforgue, Corbière y, por supuesto, Baudelaire) es el objeto del Capítulo 4 del libro, que profundiza en el examen del Bajtín de *Los problemas de la poética de Dostoievsky*. Aquí el autor vuelve a trasladar los aportes del teórico ruso en torno a la novela a su propia interpretación de la dialogía poética, sólo susceptible de aflorar, en opinión de Alarcón, por su coqueteo con los géneros “bajos” y merced a la alteración definitiva del paradigma idealista en la problematización de la figura demiúrgica del autor.

El capítulo 6 explora la acogida del libro a lo largo de la historia de la crítica hasta la actualidad, en un recorrido cronológico que viaja desde el elogio inaugural de un ícono del modernismo hispanoamericano, Amado Nervo, al reconocimiento peninsular por los años 80 en España, pasando por la reivindicación de la Escuela de Barcelona en los años 50 y 60 y las voces de hispanistas extranjeros como Siebenmann y Cardwell.

El capítulo 7 inicia un largo viaje espeleológico en torno a cada uno de los poemas del libro. Un análisis que *exprime*, literalmente, las virtualidades semióticas de los textos en distintas direcciones y que confirma, por la propia versatilidad de una aguda mirada crítica, la disposición en todo “dialógica” de esta poesía. Así, Rafael Alarcón Sierra examina cada poema atendiendo a su génesis, sus vaivenes cronológicos, sus paratextos, sus relaciones intergenéricas, intratextuales e intertextuales con la literatura del pasado, del presente y del futuro; por lo mismo, desarma, rearma y arma linajes (poniendo ante nuestros ojos la *palabra ajena* en textos a menudo “raros”, a los que difícilmente pueda acceder el lector no especializado) y remite con audacia interpretativa a otros sistemas de signos (la fotografía, por ejemplo), incorporando

asimismo, y oportunamente, reflexiones críticas procedentes de una vasta bibliografía. Centrado en la *figura de artista*, en sus modulaciones y mutaciones, no desatiende tampoco el campo de la versificación y la retórica, cuya descripción se incorpora productivamente al análisis general de cada texto, en el núcleo mismo donde operan sus sentidos.

Y una vez salido a la luz, el espeleólogo recoge los materiales encontrados y escribe unas ajustadas conclusiones, que dan cuenta del *palimpsesto* crítico empleado, él mismo también “dialógico”, pues ha puesto en relación, a lo largo de la totalidad del libro, como hemos visto, diversos puntos de vista y entradas analíticas en textualidades también diversas. El lector agradece esta *pasión que da el conocimiento* y la multitud de ventanas abiertas a la poética de este otro Machado, tan rico y controversial quien, como finaliza Alarcón Sierra, «no sólo quebró el modernismo desde su interior, sino que se abrió a una estética más moderna y vital, hondamente entrañada en la propia experiencia, iniciando así un fecundo camino para buena parte de la lírica española del siglo XX» (p. 294).

Marcela ROMANO

Universidad Nacional de Mar del Plata